



1. Telespectadores de segunda clase

SEGÚN el último informe FOESA, casi seis millones de españoles superan los sesenta y cinco años de edad, y su ocupación ociosa más frecuente, después de estar con los familiares, es ver la televisión, a lo que dedican, tanto hombres como mujeres, alrededor del treinta por ciento de su tiempo de ocio. Estamos, pues, ante una de las franjas de población de mayor consumo audiovisual. Un dato sociológico y cultural importante sobre el que rara vez nos paramos a pensar.

A pesar de felices iniciativas recientes orientadas a la organización del tiempo libre de los mayores, es todavía una realidad que muchos de nuestros ancianos no saben cómo utilizar sus muchas horas de ocio, por la sencilla razón de que nunca lo han conocido antes, y progresivamente buscan cobijo en la familia y en la distracción pasiva servida a domicilio. Invirtieron su vida en sacar adelante una sociedad de la que reciben más bien poco, y en esa entrega sin regateos no tuvieron la oportunidad de adquirir un *hobby* —como oyen que se dice ahora— en el que seguir vertiendo luego su creatividad. Por eso, a nadie puede resultarle ajena, y menos aún sorprendente, la entrañable imagen de nuestros viejos padres, o de nuestros abuelos, sentados, mano sobre mano, ante el televisor aguardando a que pase el día.

Son muchísimos. Un grupo de indudable «peso social» —amén de la singular cualificación que les otorga su larga contribución al actual bienestar social—, si tuviéramos que definirlo recurriendo a términos utilizados en la legislación vigente a la hora de hablar de la atención y de los derechos del público de la televisión. Sin embargo, visto lo que sale por la pequeña pantalla, no da la impresión de que los consideren demasiado. A lo sumo, los suelen llevar a los estudios, en autobuses y con merienda, para que «hagan de público». Eso sí.

Un sector tan amplio y asiduo de audiencia tiene que ser tenido en cuenta en los planteamientos generales de la programación cuando se seleccionan los contenidos, los géneros, la distribución horaria de los espacios, o los títulos de las películas o de las obras de teatro (si las hubiera),

y tienen igualmente derecho a un tipo específico de programas dirigidos a él.

La programación habitual de la televisión ya presta al espectador de más edad compañía continua y entretenimiento a ratos, pero porque el anciano está ahí, no porque se le convoque con intención particular alguna o, por qué no, de formación. Y sin embargo, el rectángulo luminoso del televisor sí que es para ellos, más que para ningún otro, una ventana abierta al mundo en la inalterabilidad de su cuarto de estar. Un mundo que quizás transitaron apenas en su juventud, porque «eran otros tiempos» y «había menos medios», y hacia el que alientan un espíritu curioso y desprovisto de cualquier ambición.

L. U.

2. Mortadelo y Filemón

LEO que el Círculo de Lectores ha organizado en Barcelona una muestra dedicada a los más de cuarenta años de existencia gráfica de la entrañable pareja creada por Francisco Ibáñez para las páginas de *Pulgarcito* en 1958. Mortadelo y Filemón iniciaron su andadura por las viñetas como detectives privados de disparatada actividad para convertirse luego, con la modernización, en agentes secretos de la TIA (Técnicas de Investigación Aeroterráquea). Mortadelo, el ayudante, le pisó inmediatamente el papel a Filemón, su jefe, gracias a su extraordinaria facilidad para disfrazarse de cualquier cosa, objeto, animal o persona. Igual podía salir de un estanco vestido de Julio César que escapar de un atasco convertido en caracol. Mortadelo ha sido —y todavía mantiene el tipo— el mejor transformista de nuestra generación.

El Mortadelo de las mil caras es todo un símbolo de la época en que le ha tocado vivir. Algo así como una marca del siglo con corbata de lazo, cuello alto almidonado y erguido bombín. Su divertida capacidad camaleónica quintaesencia lo más íntimo, que a la vez es lo más superficial, del último tramo del milenio. El vertiginoso cambio de apariencias, según conviene, del héroe del *Pulgarcito* no es ni más ni menos que la manifestación festiva y loca del síndrome contemporáneo. Nos pierden las ganas y la necesidad de aparecer otros. Y esto puede ser bueno cuando implica síntomas de cambio, pero es criminal si se trata de dar gato por liebre para despistar al personal.

Los postreros cuarenta años —y no digamos nada de la década más reciente— han estado plagados de mortadelos en la banca, en la política, en la cultura, en los negocios, en los medios de comunicación, en la ciencia, en el deporte, incluso en la religión. Por todas partes y a cualquier hora se celebraba el gran baile de máscaras de la civilización del simulacro.

Son, somos, miles, millones los que nos hemos pasado la vida ocultos tras un antifaz o nos hemos colocado, a las primeras de miedo, una caroca que no nos pertenecía pero daba el pego. Y a engañar a cuatro bandas. Travestidos de honradez, de fidelidad, de guapura o de inteligencia, hemos escalado a los primeros puestos del escalafón con el aplauso cómplice del resto de coetáneos que ahora miran mientras les están haciendo el capuchón. Tan apenas se libra nadie.

Triste carnaval de mojigangas y encubiertos esta humanidad nuestra que se pirra por aparentar lo que no es. Y así nos va. A unos mejor hasta que los pillan y a otros peor, continuamente peor, porque no los descubren y acaban devorados por su propio embozo, mortadelos para siempre.

L. U.

3. Y Navarra ¿qué piensa?

LA cuestión en absoluto es ociosa, máxime después de la reunión de los representantes de los ayuntamientos vascos en Pamplona el pasado 6 de febrero. Si bien cuando es planteada en los distintos ambientes no navarros, suele cosechar silencios porque Navarra, en cuanto tal, al no dar problemas no es un especial objeto de atención de los políticos y los medios de comunicación. Y si en algunas ocasiones no se producen tales silencios es porque ajenos opinan por ella o en vez de ella.

Por eso la pregunta surge del deseo de que unos y otros, a la vista de lo que está cayendo, atiendan a «conceder» a los ciudadanos de su territorio el elemental derecho a expresarse. Se dice esto porque es de observar que ya desde los primeros días de este año dichos medios de comunicación vienen esmerándose en relatar, y con todo detalle, el cruzado bombardeo de ideas entre los partidos nacionalistas vascos y contraprophecías sobre qué será Euskadi en ese año cuasi mítico de 2004. Sin embargo, no hay que olvidar que por entre de ellas, aunque se obvie, sigue estando la medieval cuestión del «robo de la novia».

Todavía siguen sobrevolando los dos puntos principales del *programa máximo* de la Alternativa KAS, texto dado a conocer en febrero de 1978, y que eran el derecho a la autodeterminación y la exigencia de la integración de Navarra en Euskadi. Desde aquel ya lejano año, el territorio foral ha sido con demasiada frecuencia un producto de intercambio en las negociaciones entre el nacionalismo vasco y los diversos Gobiernos.

Pero es el caso que todavía en el día de hoy nadie —ni unos ni otros— ha preguntado a Navarra (a su ciudadanía) si, por decisión propia, quiere *ser o no* dama principal en tales lances. Hay que señalar que los ciudadanos y

ciudadanas que habitan su territorio sienten una ancestral *navarridad* que proviene de ser conscientes herederos de una comunidad que desde el siglo X tuvo su propia organización política. Ello implica una voluntad de defender su identidad y la conciencia de ser libres para decidir su propio destino sin tener que detenerse a prestar atención a las diversas interferencias.

No cabe duda que los navarros, si bien tienen como orgullo —con sus apellidos vascos, o la «lingua navarrorum» (el euskera)— formar parte del primitivo sustrato de la *zarra* (antigua) Euskal-Herria cuyo epicentro era la sierra de Aralar, deberán cuestionarse si aceptan formar parte de esta Euskal-Herria *berri* (nueva), que pretende *políticamente* abarcar unas fronteras territoriales bastante más nítidas que las que trazaba el ideal aranista de Euskadi.

E. A. E.

4. El asunto Garci

RESULTA que, tras idas y venidas completamente espúreas, la reciente película de José Luis Garci, *El abuelo*, ha resultado nominada para los próximos Oscar de Hollywood. Antes ya, había sido candidata de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España para representar a nuestro país en el evento norteamericano. En resumen, en este momento, y siempre en opinión de los imperiosos círculos yanquis del negocio y del ocio cinematográfico, *El abuelo* es una de las cinco mejores películas mundiales extranjeras como nominada para los máximos galardones del arte séptimo en la meca del cine. No está nada mal.

Pero, además, resulta que, entre tanto, el mismo filme resultaba nominado para acceder a trece galardones de los Premios Goya españoles, equivalentes a los Oscar norteamericanos, solamente precedida en sus ambiciones por *La niña de tus ojos*, el filme de Fernando Trueba. Hay que notar, como dato del todo significativo de este maldito embrollo, que tal nominación también había sido decidida por nuestra Academia española, de tal manera que tanto los yanquis como los españoles estaban de acuerdo en juzgar a *El abuelo* como un excelente filme, objetivamente hablando, a menos que actuaran, todos a una, movidos por intereses inconfesables o visiones cinematográficas cegatas. De otra manera, que fueran bastardos o que fueran tontos. Lo que es mejor no inferir.

Pues bien, cuando iban a producirse los premios definitivos de las películas nominadas para nuestros Premios Goya, tras las oportunas

votaciones por todos los miembros de nuestra Academia, y antes de que se produjera la nominación norteamericana para los Oscar, de golpe y porrazo salta a la opinión pública la sospecha, después corroborada como certeza por el productor Pedro Costa, de que amigos de Garci, apoyados por éste, han solicitado los oportunos votos de miembros de la Academia para llevarse las preciadas estatuillas de los Goya. Escándalo tremendo. Los gozos y las sombras correspondientes. Nadie puede probar nada de nada. Y primero el falso testimonio y, más tarde, la calumnia avanzaron como un terremoto imparabile, hasta forzar el abandono de la Academia española de parte del mismo Garci. Razón última: ante una medida a todas luces inmoral, pero ante la que solamente podía ofrecer su palabra, había sido abandonado por la Academia en cuanto tal, de la que el realizador esperaba protección y, además, una evidente toma de postura.

Aitana Sánchez-Gijón, bellísima presidenta de nuestra Academia y que se estrenaba con este acto social, evitó toda referencia explícita al «asunto Garci» en la presentación de los Premios Goya, escapándose de cualquier responsabilidad y manteniéndose al margen de un problema que la afectaba directamente. No estuvo a la altura, no fue capaz de defender a uno de sus presididos, y, así, permitió el enésimo comentario sobre la materia del falso testimonio y calumnia contra *El abuelo*, del abandonado y entristecido Garci. Éste es el final de un asunto que, para colmo de casualidades, concluye, por ahora, con la citada nominación del filme en discusión para los Oscar norteamericanos.

El acento se coloca donde debe de colocarse: la bellaquería que todavía anda suelta en España ante situaciones que nos fastidian y ante personas que despreciamos por la razón que sea. Es cierto que Garci no se ha llevado todo lo bien que debiera haberlo hecho con sus compañeros de profesión. Como también es cierto que *El abuelo* no es una película extraordinaria, al margen de comparaciones. Pero no es menos cierto que nadie, casi nadie, sobre todo del universo cinematográfico, ha sido capaz de alzar su voz para intentar devaluar el falso testimonio y la calumnia levantados contra la tarea y la obra de José Luis Garci. Es la mezquindad, en general, lo que, desde aquí, acentuamos, sin que sirvan excusas coyunturales para paliar una actitud tan cobarde.

No sabemos, en éstas, qué sucederá con *El abuelo* en los Oscar. Pero si, por lo que fuere, obtuviera el galardón a la mejor película extranjera y en lengua no inglesa, entonces nos encontraríamos ante tal ridículo de nuestra Academia y de su presidenta que justificaría una sonora carcajada. Pero no hace falta pensar en ese premio. Ya desde ahora, y sin decantarse por aplaudir o denostar la película objeto de este «acento», decimos que se ha jugado con el honor de una persona impunemente y que ante el falso testimonio y la calumnia en

definitiva no hay defensa posible. Las cosas se van olvidando, pero también quedan como baldón para los sinvergüenzas y para los cobardes.

P. de P.

5. ¿Cómo llamarlo?

COMO los medios de comunicación otorgan el veredicto de verdad o de mentira sobre las realidades actuales y como los mismos medios deciden lo que existe y lo que es inexistente, resulta que, a estas alturas, desconocemos la verdad y la mentira, la existencia o inexistencia de todo lo que respecta a Irak, un país que, en cuanto país, merece idéntico respeto que cualquier otro. Y se piensa que este hueco informativo es una de las grandes tragedias de nuestro tiempo. Sin embargo...

Está claro que Sadam Hussein es un dictador que, en definitiva, ha convertido su propia mitificación en oprobio para su pueblo, como sucede con casi todos los dictadores. Y está todavía mucho más claro que Estados Unidos, partiendo de tal mitificación y sus consecuencias estratégicas para la región petrolífera del Golfo, golpea sin cesar territorio iraquí, saltándose a la torera dictámenes de Naciones Unidas y procediendo en solitario, solamente con la colaboración de sus primos británicos, entre los que se cuenta el progresista Tony Blair. Todos aparecen como una confrontación entre malas partes, y de vencer las fuerzas aliadas occidentales solamente sería de desear por el final de una tremenda dictadura, sin mayores aditamentos.

Pero resulta que desde la Guerra del Golfo, cuando el presidente Bush lanzó al conjunto de Occidente contra Sadam Hussein, han resultado muertos un millón de niños por carestía de lo más elemental para sobrevivir, y la desnutrición afecta a dos tercios de la población infantil, sin contar las muertes entre la población anciana y mujeres en situación de gestación. El embargo es total. El embargo es asesino. En esta situación, no valen ni las tiranías del gobernante dictador, pero tampoco los ataques de sus pretendidos enemigos y salvadores de la democracia: lo que vale, de verdad, es la muerte de los niños, la situación casi mortal de tantos de ellos, de ancianos y de mujeres inocentes a todas luces. Parar el desastre es lo primero. Eliminar el embargo la condición evidente. Lo demás son mentiras para ilustrados.

¿Cómo llamar a cuanto está sucediendo? Pues genocidio. Porque se está esquilmando sistemáticamente a una población a sabiendas. Y si Kosovo y Sierra Leona nos quitan el sueño, ¿por qué no Irak? ¿No será porque todos viajamos en los aviones yanquis y británicos?

P. de P.